

siendo como dices haces bien de quererlo tanto. Lo mismo será mi tía, ¿no es verdad? — Lo mismo. ¡Si mi mamá es un terrón de amores!

— Así son mis padres, niña. En todo me dan gusto, decía Pomposa; no hay baile, tertulia, paseo, comedia ni fiestecita á que no me lleven; no hay moda en que yo no entre, y de las primeras; no hay amiga que no me consientan; no hay visita adonde yo no vaya; no hago cosa que no me alaben, y si hago algo malo, todo me lo sufren con prudencia. En fin, ellos me dan gusto en cuanto hay, y yo puedo decir que soy dueña de mi voluntad, porque hago cuanto me da la gana, sin que jamás se me embarace; porque si alguna vez tienta el diablo á mis padres y no quieren llevarme á algún bailecito ó dejarme ir á una visita, ya yo sé el remedio: pongo mal modo y no como en todo el día; y si esto no vale, lloro; y si no me vale llorar, me finjo enferma, y entonces ya no saben qué hacer para consolarme; pero esto es muy de tarde en tarde, porque como les doy tanta guerra y les cuesta tanto trabajo contentarme, ya se guardan muy bien de incomodarme; y así yo los quiero mucho, como debo, pues tengo tanta confianza con ellos, como tú con mis tíos; aunque es verdad que no les hablo de *tú*, porque dicen que es mala crianza, y que los hijos deben hablar á sus padres de *usted* para que siempre les conserven el respeto.

— Vaya, ese vestido me lo han cortado á mí tus padres, dijo Pudenciana. Mis tíos sabrán lo que dicen; pero, según papá, el respeto de los hijos á los padres consiste en la obediencia, no en el tratamiento, pues éste puede ser en sí indiferente, y en caso de que sea lo mismo hablarles de *tú* que de *usted*, como en efecto lo es, mejor es hablarles de *tú*. Este tratamiento, sin ser grosero, inspira más confianza; virtud necesaria en los hijos para amar á sus padres y seguir sus consejos con firmeza. Entre los antiguos nunca se usó el *usted*. Todos se hablaban de *tú* lisa y llanamente, sin que por eso dejasen de respetar el hijo al padre, el criado á su amo, el esclavo á su señor, el vasallo á su rey y todo súbdito á su respectivo superior.

La diferencia de tratamientos se ha introducido por la soberbia de los hombres; pero no por una necesidad, pues sin ellos sabrían hacerse respetar.

El tratamiento de *tú* ciertamente que inspira mucha confianza; ¿pero de qué confianza no es digno un padre y una madre? Nuestros padres nos engendraron, nuestras madres nos concibieron y alimentaron en sus vientres y nos han nutrido con su sangre; la de ellos circula en nuestras venas; tenemos su misma substancia; somos unos con ellos mismos, y para decirlo de una vez, nuestro cuerpo es una parte del suyo. ¿Habría cosa más conexas y de más íntima relación? No tiene tanta entre



sí el marido y la mujer, y es corriente que se hablen y se traten de *tú*.

Todo esto dice mi papá, y en efecto, yo conozco que es una preocupación ridícula el creer que es preciso que los hijos traten de *usted* á sus padres para que les conserven el respeto. Yo trato de *tú* á los míos y á fe que no soy capaz de verlos disgustados un momento por mi causa.

Pero, por último, dime, hermana, ¿á quien debemos tener más respeto, á Dios ó á nuestros padres? seguramente me respondes que á Dios. ¿Y quién fué el mejor maestro de los hombres en todo, Jesucristo ó los mismos hombres? Jesucristo dirás. Pues Jesucristo nos enseñó á llamarle de *tú* cuando llamamos á Dios como padre. Conque mira que fuera de razón van los que se escandalizan de que los hijos traten de *tú* á sus padres.

—Dices muy bien, contestaba Pomposa; pero es fuerza que tú sigas la doctrina de tus padres y yo la de los míos. Cada uno sabe lo que nos enseña y á nosotros no nos toca sino seguir sus ejemplos y hacer lo que nos dicen que hagamos.

Estas conversaciones tuvieron mientras tejían un pedazo de cordoncito. A la hora regular comieron, durmieron siesta, y á la tarde llegó el coche para llevar á su casa á Pomposa. Ésta le rogó á Pudenciana que no dejara de ir el jueves próximo; porque había *frasca* y se iba á celebrar el jueves de compadres y quería que

la acompañara. Quedaron en eso y se despidió Pomposita de sus tíos.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, llegó el jueves, y doña Eufrosina envió á convidar al coronel y su familia para que fueran á su casa.

En efecto, fueron todos el jueves, no á la hora señalada, sino después de almorzar; pero ¿cuál fué la sorpresa del coronel, de Matilde y Pudenciana, al hallarse con la sala llena de gente y á Pomposa en medio muy colorada y hecha una vívora de rabia, con un papel en la mano diciendo:

—Los colegiales, sí, los malditos colegiales me han puesto por mal nombre *Quijotita*. ¿Qué me ven esos malditos de *Quijotita*? ¿Soy acaso loca, flaca, ni trigueña como don Quijote? ¿Soy hombre? ¿tengo Rocinante? ¿tengo escudero? ¿Acometo molinos de viento, ni hago ninguna fechoría como díz que hacia ese buen señor, que en paz descansa? ¿Pues por qué me han de llamar *Quijotita*? ¡Maldito sea el que tal nombre me puso y ojalá yo supiera quién fué, que me la había de pagar, le había de decir que era un grosero, malcriado, y se había de acordar de mí para todos los días de su vida! pero ya que no lo conozco, á lo menos les prometo que no ha de volver á pisar mi casa ningún colegial.

De esta manera se explicaba Pomposita, hecha una furia, hasta que el coronel le dijo:



—Vaya, vaya; ¿qué te han hecho los colegiales, que estás tan enojada con ellos?

—¡Qué me ha de suceder, tío! respondió Pomposa, ¡qué me ha de suceder! esos pícaros, groseros, indecentes, me han puesto por mal nombre *Quijotita* y me lo han dicho casi en mis bigotes. ¡Mire usted qué atrevimiento! Este papel me dejaron esos condenados dentro del clave. ¡Quién sabe cómo diantres lo pusieron sin que yo lo viera, y luego luego se despidieron y se fueron!

Decir esto Pomposa y poner el papel en manos de su tío, todo fué uno. Entonces el coronel se sentó, y como había muchas personas de visita, lo hubo de leer en alta voz y todos oyeron que decía ni más ni menos como sigue:

Pomposa, aunque seas bonita,  
Y aunque ves que te queremos,  
No por eso dejaremos  
De llamarte QUIJOTITA;  
Y pues tu locura incita  
A ponerte este renombre,  
Ten paciencia, y no te asombre,  
Que ya sea en prosa, ó ya en verso,  
Diga todo el universo:  
QUIJOTITA sea tu nombre.

Acabó de leer el coronel; las visitas prudentes se sonreían y las no prudentes soltaron la carcajada, con lo que se puso de peor condición Pomposa, y echando espuma por la boca decía:

—¿Qué dicen ustedes? ¿no son infamias las de estos perros, malcriados, indecentes? ¿*Quijotita* yo? ¿yo *Quijotita*? ¡Voto á mis pecados! Esto no es sufrible. ¿Qué me habrán visto de *Quijotita* estos malditos? Pero como vuelvan, yo les prometo que les he de decir cuántas son cinco y los he de echar muy mucho noramala de mi casa.

Así se explicaba la dolorida Pomposa, y por más que hacían sus padres y las visitas por consolarla, diciéndole que ¡quién hacía caso de esas cosas! y que todo ello no pasaba de un mero juguete de muchachos, ella no se aquietaba, sino que con lágrimas y gritos repetía el nombre de *Quijotita*, y tanto, que no quedó ni un criado que ignorara el chiste y el nuevo dictado ó título de su ama, á la que después no conocían por otro nombre entre ellos, á lo menos cuando ésta los reñía con aspereza.

El coronel procuró que Pudenciana llevara á su prima Pomposa á la recámara, y cuando lo hizo, se levantó, fué adonde estaba y le dijo:

—Mira, no seas tonta; con esos gritos y escándalos que has dado no has hecho otra cosa sino perfeccionar la obra de los colegiales. Ninguna necesidad había de que todos esos señores y señoras que están en la sala hubieran sabido que te habían puesto ese nombre; si tú hubieras visto el papel sola y lo hubieras ocultado con disimulo, habrías frustrado los maliciosos designios de ellos y todo se quedaría oculto; pero con tus alharacas



no ha quedado perro ni gato que no sepa que te han puesto por mal nombre *Quijotita*.

Aunque es una grosera y malvada costumbre el poner nombres y aunque es fuerza que se incomode aquel á quien se le pone, es también cierto que nadie puede agraviarnos sino hasta donde nosotros querramos que nos agraven. Muchas veces es mayor nuestra cólera que la injuria que nos hacen, y hay injurias que ni merecerían este nombre si nosotros no las calificáramos de tales.

Es increíble el partido tan ventajoso que podemos sacar de tener tanta prudencia y cachaza para disculpar á nuestros semejantes. Estas palabras: *inadvertencia, equívoco, chanza, tontera, etc.*; valen un potosí para ahorrarnos de un sin fin de cóleras y pesadumbres al cabo del año, cuando las sabemos acomodar á tiempo.

Por ejemplo, si uno gasta conmigo una desatención y yo no quiero incomodarme la juzgaré como una *inadvertencia* de que todo hombre es capaz, y en este caso lo disculparé y ya no me daré por sentido.

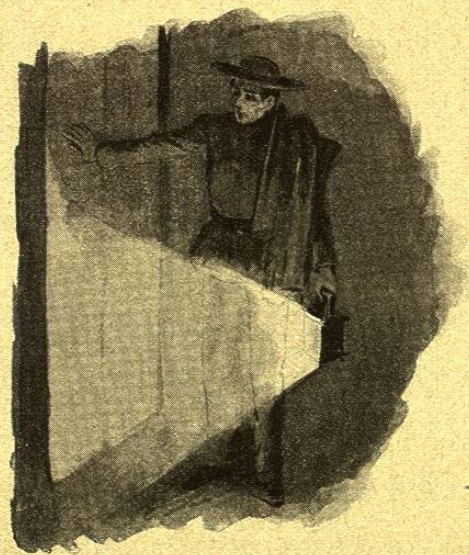
Lo mismo te hubiera sucedido á tí, si hubieras reflexionado en que los colegiales son jóvenes, alegres, capaces de divertirse con un entierro y de chancear con un anacoreta. En este caso, tú te hubieras reído y hubieras tratado de vengarte de ellos ingeniosamente y con secreto; pero como pensaste que atropellaron tus respetos y los de tu casa y atribuiste á una grosería imper-

donable su travesura, te incomodaste mucho, creyéndote no menos que infamada sin razón por una gente soez.

Mas ya se acabó todo, hija, ya se acabó; serénate, sal afuera, preséntate alegre como siempre en la tertulia y no vuelvas á hablar sobre el asunto.

Algo se serenó Pomposa con los consejos del coronel; pero ya llegaron tarde; el daño estaba hecho y desde entonces comenzó á ser conocida entre todos por la niña *Quijotita*, lo que no habría sido si ella hubiera sabido disimular. ¡Qué cierto es que la prudencia lo compone todo, mejor que los gritos y los escándalos!

En fin, aquella mañana se pasó en bulla, brindis y alegría, á cuenta del bolsillo de don Dionisio, pero se festejaron los compadres. A la noche se dispuso el baile y á las diez se retiró el coronel con su familia.



LA QUIJOTITA. — 121.